

# Acato

He oído culpar a la Ciencia, repetidamente, de no pocos males de nuestra época. Hay quien dice que los adelantos enloquecen a los hombres, que la técnica les endiosa.

Es muy probable que el hombre no sepa asimilar con la debida humildad, con la necesaria humildad, los magníficos logros de su inteligencia. Es muy posible que se crea con el mérito indiscutible de ser motor y promotor de sus propias iniciativas; aunque me permito ponerlo en duda, ya que el verdadero científico suele ser, por regla general maravillosamente humilde.

El orgullo, la soberbia, el endiosamiento, se producen precisamente en aquellos hombres que andan lejos de saber lo que es la Ciencia, apartados del crisol de los austeros laboratorios, donde llamean y se forjan los nuevos descubrimientos.

Soberbias, orgullos, no los sienten los que penosamente avanzan, los que esforzados avanzan por los difíciles caminos de la investigación, por los pacientes senderos del análisis y de las repetidas pruebas.

Se ensoberbece el hombre que, sin esfuerzo alguno, vive de las ventajas que le proporcionaron otros, y aun sigue exigiendo. El que pulsa el botón de un timbre, para que acuda a su presencia la legión de esclavos que contrató. El que, moviendo una simple palanca, hace estallar un poderoso explosivo, para arrasar montes o ciudades, y goza de su poder. Es soberbio el hombre que reta a los astros, no desde un telescopio, sino desde el ático lujoso del más descomunal rascacielos, y, en zapatillas, se imagina señor de la Babel de nuestro tiempo. Estos y otros no saben considerar que la Ciencia es un cenobio, y los científicos unos anacoretas.

En los observatorios, en los centros de investigación, la vida es austera. Sus hombres rezan. Rezan en su idioma. Su idioma hecho de números, de cálculos... Y en su rezar, obedecen. Acatan.

Los científicos, en todo momento y en nombre de toda la Humanidad, han aceptado sobre sus hombros la inmensa carga, la inmensa responsabilidad de acatar el mandato que formuló Jehová, inmediatamente después de la creación del hombre. Mandato que, una vez cumplido, nos redimirá, acaso, de haber pretendido adquirir toda la Ciencia, mordisqueando simplemente una manzana. Sólo la beatitud de un paraíso podía inducir a nuestros primeros padres tan ilusoria esperanza. Sobre una tierra hostil ni a la misma Eva se le hubiese ocurrido. Toda ilusión de facilidades queda desterrada. Es el esfuerzo lo que vale, es la perseverancia lo que cuenta. Y así, paso a paso, la Ciencia avanza. No descubriendo cosas nuevas, sino dominando cosas y fuerzas que ya desde siempre existieron, con el destino de que los hombres se enseñoreasen de ellas.

El hombre halló el radar, pongo por caso, cuando ya desde siempre los murciélagos se servían del radar natural, revoloteando a ciegas, en el interior de sus cuevas. El hombre ha encontrado la llave de las síntesis orgánicas, copiando el precioso laboratorio que puso Dios en las plantas. La función clorofílica, fijación del carbono atmosférico por las manos verdes, verdes y alzadas al cielo de los vegetales, es el primer paso hacia la amplia síntesis total que se desarrolla en cada diminuta hierba, en cada majestuoso árbol.

El hombre, en fin, ha conseguido asombrar al mundo, produciendo reacciones nucleares, cuando ya el hermano Sol languidece de aburrimiento, por el hecho de darnos luz y calor, hora tras hora, haciendo estallar los núcleos de los átomos de sus elementos componentes, desde que el Señor le ordenó su puesto en el espacio.

La Ciencia, pues, es acato. Y la virtud de la obediencia fué siempre grata a Dios. Sus frutos, buenos.

# Ser hombre

por TOMAS ROIG Y LLOP

De lejos, la caseta del guardagujas parecía una bombonera envuelta en el celofán de las campanillas, geranios y madreselvas. Quienes la habitaban, empero, nada tenían que recordara la delicadeza de los bombones.

Andaban a la greña Juanico, su padre y la madastra por menos de un tris. Las peleonas eran imponentes — éstos contra aquél y los mayores entre sí — en una barahunda de gritos caústicos, maldiciones y el vino que los encandilaba a todos.

Y si no duraban las veinticuatro horas del día, se debía al pitido de los expresos que, como la picadura de un áspid, lanzaba al hombre hacia la aguja para oír, un instante, si no ver, el pandemonium de hierros y el chisporroteo que desaparecía tras el recodo de la colina.

¡Y vuelta al embrollo! Juanico lo hubiera aguantado todo, menos aquel sonsonete, que no le dejaba en paz a ninguna hora: «No sirves para nada. Estás para los quince y eres un biberón. Don Paco dice que vas con los crios porque no se te pega ni la a».

Y dale que te dale, con la terrible insistencia de un diabólico berbiquí.

A Juanico le ocurría, con tales «estimlós», lo que a las coles de la huerta: que sirviéndole de abono, crecía su deseo de venganza, con igual empuje que lo hacían aquellas. Y se llenó tanto de ella, que reventando casi — como el botijo de los pastores serranos en día de comilona — en una de las más agrias zarabandas con su padre, logró encerrarle, con sobrehumano esfuerzo, en el cuartico de las herramientas.

— Que no sirvo para nada . . . ? — le espetó por la cerradura. — Pues vas a enterarte pronto ¡so burro! —

Se oyó el pitido del expreso, aun lejano. Recibiéronle ambos como un latigazo. Al prisionero, presintiendo algo horrible, le hizo patalear impotente contra la puerta, entre berridos de maldiciones. Y, al chico, brincar de fresco alborozo hacia la aguja de las entrevías.

La cogió por el mango, hinchado de bufos a lo gran timonel, mientras le gritaba al tren que ya se echaba encima, con fiado en su trepidante y humosa prisa:

— ¡Eso es ser hombre! ¡Que si sabré! ¡Que si sabré!

Mas no pudo terminar. El disparado convoy se fué por la vía muerta de maniobras, y la hirviente jactancia partera de Juanico se ahogó en un monstruoso crujir de hierros del tren, allá en la colina, con la voltereta de un abollado juguete sobre el río . . .

La madre se enraizó en la margen cercana a la casilla alelada, hecha un espanta pájaros. Juanico quedose mirándola, con aire escurridizo, como si le hubiera pillado en una inocente picardía.

El espantapájaros reaccionó.

— Nos has matado a todos, mala sangre! — gritó, más con el gesto que con la palabra.

— Quién, yo? — replicó — . ¡Y qué! Alguna vez no te salió mal la fritada, madre? ¡Pues, da lo mismo! Y se fué silbando, via abajo, no muy aliviado de conciencia, a ver lo que le debió ocurrir al expreso . . .

---

No podemos culpar a la Ciencia de nuestros males, ni menos arrogarle demoníacas artes. Ella sigue la senda que le marcaron.

Lo malo es que muchos de los que se aprovechan de los hallazgos y de los descubrimientos científicos, olvidaron el Génesis, como han podido olvidarse de los Evangelios y del Catecismo. Y con tal de no decir «mea culpa», ante los errores y absurdos de cada siglo, en acomodaticias ignorancias, cargan sus pecados sobre un hipotético culpable, aunque sea la propia Ciencia, la Ciencia que les redime.

M. W.